

LA PRUDENCIA: MADRE DE LAS VIRTUDES

TEMA 5 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 5 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- El prudente no es el aburrido y timorato que se ha de contener de todo. La prudencia trata del acierto en el obrar, es decir, acerca de qué, cuándo y cómo se debe actuar, si es que se debe actuar.
- La prudencia nos enseña a elegir lo mejor en cada circunstancia.
- La prudencia nos permite descubrir y hacer la voluntad de Dios para nosotros.

DESARROLLO

Una vez afrontadas las llamadas “virtudes teologales” porque tienen a Dios como su fuente, objeto y destino, nos disponemos a abordar las “virtudes cardinales”, que se llaman así por desempeñar un papel fundamental en la vida del cristiano.

Normalmente, en la enumeración de dichas virtudes, la prudencia suele ocupar el primer lugar. No es simplemente la primera virtud cardinal, sino que regula y prepara toda virtud moral. En cierto sentido, es “madre” de las virtudes cardinales. Acudamos a la definición que el Catecismo de la Iglesia Católica nos ofrece para poder explicar en qué consiste la prudencia y por qué es el fundamento del resto de virtudes: “La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo” (CEC 1806).

En primer lugar, nuestro Catecismo nos dice que la prudencia afecta a la razón práctica, es decir, se trata del acierto en el obrar. La prudencia es el hábito, labrado a fuerza de costumbre, que posibilita a la razón juzgar rectamente y determinar aquello que se debe hacer: qué, cuándo y cómo se debe actuar, si es que se debe actuar. Es decir, no es una virtud negativa o pasiva, sino eminentemente activa; no es prudente el que no hace nada, sino el que hace lo que debe hacer. Hoy en día, no se habla muy positivamente de la prudencia y se la relaciona con el reprimido y aburrido que se tiene que contener. Sin embargo, la prudencia no es cobardía, ni el prudente es un timorato, que se tenga que retener continuamente.

Ahora bien, para obrar con prudencia es decisivo el conocimiento objetivo de la realidad. Santo Tomás decía que “lo primero que se pide al que obra es que sepa”. Precisamente en esta línea va la conocida frase de la edad media: “Prudente es el hombre a quien las cosas le parecen tal como realmente son”. Nuestra acción es acertada si atendemos al ser y a la verdad de las cosas, evitando toda superficialidad. *Jn 7,24* dice: “No juzguéis según apariencias, sino juzgad con recto juicio”. De aquí que sea fundamental la contemplación de la realidad profunda de las cosas. El conocimiento objetivo de la realidad, sin engañarnos a nosotros mismos, es decisivo para obrar con prudencia, puesto que el deber viene determinado por el ser. El prudente contempla, en primer lugar, la realidad tal y como es,

y en virtud y a causa de este conocimiento de la realidad, determina lo que debe hacer y aquello de lo que conviene abstenerse. Quien ignora cómo son y están verdaderamente las cosas no puede obrar bien, pues el bien es lo que está conforme con la realidad. ¡Cuánto necesitamos que el obrar sea conforme a la verdad, conforme a la realidad objetiva!

En segundo lugar, el Catecismo nos recuerda que para conocer la realidad no basta el conocimiento teórico de las cosas, sino que la realización del bien presupone la conformidad de nuestra acción a la situación real. Es necesario, por consiguiente, una atenta y objetiva consideración de las realidades concretas. Por eso, el Catecismo dice que la prudencia “discierne en cada circunstancia”. Debemos conocer no sólo el principio general, sino cómo aplicarlo a la realidad concreta sobre la que versa mi acción moral. Este conocimiento de la realidad implica conocer las circunstancias que concurren y las consecuencias que se seguirán. No basta simplemente que la acción sea buena, sino que es necesario que también sea buena para mí, aquí y ahora. Es decir, la prudencia no termina en un recto juicio de la realidad en general, sino que alcanza la justa acción “aquí y ahora”. Como la casuística permanece en el campo de lo inconcreto, las situaciones concretas a veces son más difíciles de distinguir. La prudencia emite el juicio recto sobre la materia concreta, donde se dice cómo hay que obrar “aquí y ahora”.

En tercer y último lugar, nuestro Catecismo afirmaba que la prudencia “discierne nuestro verdadero bien y los medios rectos para realizarlo”. La prudencia trata de conocer el verdadero bien de cada uno, es decir, lo que debe realizar para agradar a Dios, que es nuestro bien. La totalidad de la acción, su intención, sus medios necesarios para llevarla a la práctica y finalidad, deben estar ordenados al fin último del hombre, que es hacer la voluntad de Dios y así realizarse plenamente. La prudencia es la claridad de la decisión del que ha resuelto “hacer la verdad y el que hace la verdad viene a la luz” (*Jn 3,21*). Se trata de una expresión, típica del cuarto evangelio, que indica ese discernimiento del bien concreto de cada uno, que es su propia verdad, para que, una vez conocido, se haga dicho bien. Es decir, la verdad y el bien no sólo se conocen, sino que también se hacen. El resultado de este “hacer” no queda fuera de nosotros, como una formación objetiva de fabricación artística o técnica, sino que queda en nosotros, en nuestro interior, somos nosotros. La prudencia va siempre en esta línea que “hace” al hombre por medio de sus acciones. De este modo, obrando el bien, nos vamos haciendo buenos poco a poco.

La prudencia es decisiva porque está en relación con lo más íntimo del ser humano, la inteligencia y la voluntad. En la prudencia se integran dos elementos: uno cognoscitivo y otro resolutivo. No basta con ver las cosas con objetividad, ni con tener “buena intención”, ni con “buena voluntad”, sino que la prudencia pide también una determinación resolutiva de la voluntad. La inteligencia ofrece a la voluntad el conocimiento de lo que es bueno hacer y de lo que se debe evitar. Y la voluntad ofrece a la inteligencia la posibilidad de realizar lo que ella ha conocido objetivamente.

Como “la prudencia aplica los principios morales de la conciencia a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar” (CEC 1806), toda virtud depende, en cierta manera, de la prudencia, y todo pecado es, en cierta manera, una contradicción a la prudencia. *Baruc* 3,28 dice: “se perdieron por no tener prudencia, se perdieron por su falta de cordura”. Ahora podemos entender mejor por qué la prudencia es “madre” de todas las virtudes y su ausencia origina todos los vicios. Solamente aquel que es prudente puede ser, por añadidura, justo, fuerte y templado. Toda virtud es, por necesidad, prudente. Es imposible educar al hombre en otras virtudes, sin antes educarlo en la prudencia, esto es, en la valoración objetiva de la situación concreta en que tiene lugar la acción. Si no hay prudencia, no hay posibilidad de que haya virtud moral. De aquí, que la virtud de la prudencia, realizando las decisiones acordes con la verdad y el bien, sea la quintaesencia de la mayoría de edad ética, la clave para nuestra madurez.

La prudencia es, en palabras de Paul Claudel, la “inteligente proa” de nuestra esencia, que en medio de la multiplicidad de situaciones, pone rumbo a la perfección. San Bernardo decía que “es como el timón o el piloto en un navío, sin el cual necesariamente ha de perecer o naufragar”. Y San Francisco de Sales afirma: “es luz o antorcha de nuestra vida, que nos ilumina para no errar el camino (...) y sal que preserva de la corrupción a las demás virtudes”.

Aún nos falta una última característica de la virtud de la prudencia: se trata de una virtud infundida por Dios en el entendimiento práctico para el recto gobierno de nuestras acciones particulares en orden al fin sobrenatural y con los medios adecuados a dicho fin. San Juan Pablo II decía que “la prudencia constituye la llave para la realización de la fundamental tarea que cada uno de nosotros ha recibido de Dios”. Dios la da a quien la pide, para que así pueda realizar su vocación a la vida de Dios, a la vida feliz del hombre.

TEMA 5 / SESIÓN PRIMERA / TRABAJO POR GRUPOS

TEXTOS PARA LEER

Podemos leer en:

Bienaventurado el hombre que encuentra la sabiduría, y el hombre que alcanza la prudencia, pues adquirirla vale más que negociar con plata, y sus ganancias son mejores que las del oro fino. Es más preciosa que las perlas, ni lo más atractivo se le iguala. Larga vida en su derecha, riquezas y gloria en su izquierda. Caminos deleitables son sus caminos, y pacíficos todos sus senderos. Es árbol de vida para quienes la abrazan, ¡feliz quien la retiene! El Señor fundó la tierra con sabiduría, afirmó los cielos con prudencia. Con su saber se escindieron los océanos, y las nubes destilan el rocío. Hijo mío, no lo pierdas de vista: conserva la destreza y la sagacidad. Serán vida para tu alma, y gracia para tu cuello. Así recorrerás confiado tu camino, y no tropezará tu pie. Cuando reposes, no tendrás miedo, cuando te acuestes, será dulce tu sueño. No temerás el terror repentino, ni a la tromba de los malvados cuando irrumpa, porque el Señor te dará confianza, y guardará tu pie de la trampa.

Libro de los Proverbios 3,13-26.

La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, tu cuerpo entero tendrá luz; pero si tu ojo está enfermo, tu cuerpo entero estará a oscuras. Si, pues, la luz que hay en ti está oscura, ¡cuánta será la oscuridad! Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero. Por eso os digo: no estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su desgracia.

Evangelio según san Mateo 6,22-34.

¿Soy prudente? ¿Vivo consecuente y responsablemente? El programa que realizo, ¿sirve para el bien verdadero? ¿Sirve para la salvación que quiere para nosotros Cristo y la Iglesia? Si hoy me escucha un estudiante o una estudiante, un hijo o una hija, contemple, bajo esta

luz, sus propias tareas de la escuela, las lecturas, los intereses, los pasatiempos, el ambiente de los amigos y amigas. ¿Buscamos el verdadero bien de la sociedad, de la nación, de la humanidad? ¿O sólo intereses particulares o parciales?

JUAN PABLO II, *Sobre la prudencia*, 25-X-1978.

Ante la necesidad de decidir moralmente, la conciencia puede formular un juicio recto de acuerdo con la razón y con la ley divina, o al contrario un juicio erróneo que se aleja de ellas. El hombre se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil. Pero debe buscar siempre lo que es justo y bueno y discernir la voluntad de Dios expresada en la ley divina. Para esto, el hombre se esfuerza por interpretar los datos de la experiencia y los signos de los tiempos gracias a la virtud de la prudencia, los consejos de las personas entendidas y la ayuda del Espíritu Santo y de sus dones.

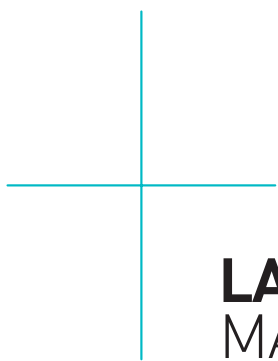
CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1786-1788.

Chico, ¡hay que ver cómo te engañas!, ¡empieza cumpliendo tu deber más inmediato! Quieres renovar el mundo y dejas sin hacer los problemas de matemáticas. Probablemente los copies de un compañero a toda prisa mañana temprano. ¿Es eso tomarse las cosas en serio? O bien: condenas la mala situación reinante, y al mismo tiempo no has hecho el recado que se te encargó. Tienes en casa tu habitación sin ordenar, y el trabajo escrito ya tenía que estar terminado ayer. ¿Puede mejorar el mundo, si no haces precisamente lo único que cuenta para ello, tu deber de cada momento? ¿Qué otra cosa podría ser aquí y ahora ir en serio? Ir en serio no significa pronunciar palabras grandilocuentes, sino ver las tareas allí donde realmente están: en la vida diaria, en el entorno más cercano; quien aborda con decisión esas tareas y las cumple día tras día. (...) Se trata más bien de rectificar todo nuestro hablar y juzgar; que todo querer y decir sea escueto y cercano a la realidad.

R. GUARDINI, *Cartas sobre la formación de sí mismo*, 51.

PREGUNTAS PARA LLEVAR A LA VIDA

- ¿Qué luces para tu vida has encontrado en los textos que has leído?
¿Qué te han sugerido o que te ha llamado la atención en ellos?
Pueden ayudarte también estas otras preguntas:
- La virtud de la prudencia, al ser don de Dios, es necesario pedirla, desearla, e invocar el don de la Sabiduría de Dios. ¿Pides esta prudencia? La prudencia nos ayuda a discernir el plan de Dios y, por tanto, a realizarnos. ¿Experimentas la felicidad del prudente?
- La prudencia busca siempre el fin del hombre, el verdadero bien. ¿Buscas el bien en cada una de tus decisiones?
- La primera función de la prudencia es discernir acertadamente. ¿Qué te impide ponderar en verdad cada situación? ¿Cómo podrías interpretar tu vida con más objetividad?
- Para ser prudente, es necesario tanto un juicio recto, como una voluntad decidida para ejecutar dicho juicio. ¿Te cuesta realizar en la situación concreta lo que ves en general? ¿Por qué? ¿Qué te impide seguir en serio tu juicio recto “aquí y ahora”?



LA PRUDENCIA: MADRE DE LAS VIRTUDES

TEMA 5 / SESIÓN SEGUNDA

TEMA 5 / SESIÓN SEGUNDA

IDEAS

- El primer medio para alcanzar la prudencia consiste en aprender a discernir para conocer la verdad de las situaciones.
- La prudencia implica también la ejecución pronta y firme del bien elegido.
- El prudente se abre al consejo de maestros y personas de mayor sabiduría.

DESARROLLO

Teniendo en cuenta lo afirmado en la sesión anterior sobre lo que es la prudencia, pretendemos ahora describir brevemente cómo podemos adquirirla poco a poco. Ciertamente, la prudencia es un don de Dios que hay que pedir. “Por eso, rogué prudencia y se me concedió”, dice *Sab 7,7*, “invoqué un espíritu de sabiduría, y vino a mí”. Además, la *1 Pe 4,7* dice: “Sed sensatos y prudentes para daros a la oración” y también podríamos decir: “daros a la oración y seréis sensatos y prudentes”, puesto que la oración obtiene la luz de Dios, fuente de toda prudencia. Ahora bien, también es necesario colaborar con ella educándonos a nosotros mismos mediante, al menos, tres caminos distintos: (1) el camino de aprender a discernir para conocer la verdad de las situaciones; (2) el camino del ejercicio de la decisión pronta y acorde con el juicio realizado; y (3) el camino de la docilidad para escuchar los consejos de los padres, maestros y verdaderos amigos, que tengan experiencia auténtica de la vida cristiana. Describamos cada una de estas vías, para ver, al final de la sesión, a dónde nos dirigen estos caminos.

El **primer** medio que proponemos es el más importante y, quizás, el más difícil, porque engloba distintas dimensiones. Se refiere al “conocer” sin error el bien, la verdad, el fin del hombre, que veíamos en la sesión anterior. La prudencia trata de tener un conocimiento verdadero de la realidad para, así, ordenar el querer y el obrar. Para conocer bien, la prudencia necesita que la memoria no tergiverse la realidad, siendo fiel al ser, guardando en la memoria los acontecimientos reales tal como son y sucedieron en realidad. La memoria no es sólo la capacidad de acordarse para aprender, sino una memoria que es fiel al ser, a la verdad de las cosas. Esta memoria fiel y observadora ayuda al conocimiento de uno mismo y cultiva, de este modo, aquel aspecto de la prudencia que es más necesario para cada uno, para su propia experiencia y necesidad. El recuerdo de lo pasado, reflexionando sobre lo que ha sucedido, orienta para lo que conviene hacer, puesto que la historia reflexionada es la maestra de la vida.

A la memoria hay que añadir la sagacidad en ponderar lo que puede pasar en el futuro. Se trata de esa clarividencia con la que se pueden valorar y prever las posibles consecuencias e implicaciones, que pueden derivarse de la posición tomada. No podremos ver el conjunto de la vida, ni el plan concreto de la vida en la rotundidad de sus líneas definitivas, pero sí el pequeño resquicio de las consecuencias inmediatas.

Podemos decir que la prudencia tiene dos caras con las que mira, con la una lo pasado y con la otra lo venidero.

Otra ayuda para conocer la verdad es no engañarnos a nosotros mismos, evitando toda falta de objetividad egocéntrica. Mientras que se debe hacer depender el sí o el no de la voluntad de la verdad de las cosas, existe el peligro de falsear las cosas reales por el sí o el no de mi propia voluntad. Y este peligro, aún es más grave cuando no nos damos cuenta. Los intereses subjetivos nos llevan a falsear la memoria, que se vale de los más suaves retoques y variaciones de acento. Jamás podría darse la virtud de la prudencia sin una constante preparación para la auto-renuncia, sin la libertad y la calma serena de la humildad y la objetividad verdaderas. La prudencia es el resplandor de la vida moral que ha sido negado a todo aquel que se contempla, porque el que se contempla no puede brillar. Es fundamental para no engañarnos la total ausencia de intenciones soterradas. En esta línea, juega un papel fundamental la rectificación de la intención cuando descubrimos que tratamos de falsear los datos para poder hacer lo que nosotros queremos. Esta rectitud de intención se puede orientar continuamente mediante la "intención última", el fin del hombre, alabar a Dios haciendo su voluntad, el verdadero bien del hombre.

La prudencia en el "conocer" afecta también a la objetividad ante lo inesperado, que implica una cierta "flexibilidad" que permite dar nuevas respuestas a situaciones siempre nuevas. No se puede planificar todo porque las empresas humanas conservan siempre un margen de imprevistos. Esta flexibilidad no tiene nada que ver con la falta de carácter. Cada virtud se realiza de múltiples formas, en función de cada situación, y no de la misma manera en todos. La prudencia ha de ser flexible porque no debe aplicar una norma fija a situaciones muy distintas, sino que debe encarnarse en las complejidades de la vida concreta.

En **segundo** lugar, un acto prudente implica la toma de decisión, siguiendo dócilmente lo conocido con objetividad. Esta decisión, que está relacionada con el "hacer" del que hablábamos en la sesión anterior, hay que tomarla en el momento apropiado. Hay situaciones en las que es preciso actuar de inmediato, con una determinación pronta y oportuna. Se trata de esa perspicacia rápida que facilita un conocimiento acabado de la realidad y una pronta decisión para realizar la acción justa y fuerte que la situación, en su verdad, requiere. Otras veces, sin embargo, es prudente retrasar la decisión hasta que se completen todos los elementos de juicio. En esos momentos, no nos podemos limitar a cerrar instintivamente los ojos y arrojarnos a ciegas a la acción, sino que debemos dar lugar al silencio para poder juzgar acertadamente. El prudente no actúa nunca precipitadamente, sino que actúa sosegadamente venciendo toda tentación de injusticia o cobardía. Ahora bien, es inútil esperar a realizar la acción cuando tengamos una certeza total, puesto que jamás nos decidiríamos.

La prudencia incluye también la realización de la decisión, antes o después, pero evitando toda indecisión. No podemos actuar movidos por lo más fácil o por la solución que acarrea

un menor compromiso para el que debe actuar. Tampoco es prudente el que no actúa por miedo a equivocarse y se limita a mantenerse como un pusilánime que no toma decisión alguna. Posponer la toma de decisión sólo complica la solución y ahorrarnos un sacrificio en el momento presente sólo servirá para aumentarlo en el futuro. No es que la prudencia sea para los débiles y cobardes que no quieren enfrentarse con la dificultad, sino que la prudencia nos hace fuertes en la adversidad. En palabras de Santa Teresa, el prudente “toma la determinada determinación”. ¡Cómo nos cuesta decidir! A veces nos cuesta por no tener las cosas claras, otras porque vemos que la decisión que debemos tomar no nos gusta. Ahora bien, hay que tomar la decisión moral y sólo puede ser tomada por el sujeto que ha de ponerla en práctica. No se puede hipotecar, no puede ser tomada por un sustituto, ni se puede echar el peso de la responsabilidad sobre los hombros de otro.

En **tercer** lugar, como a veces la decisión no es fácil, en determinados casos es muy conveniente abrirse al consejo de los amigos experimentados, discerniendo siempre entre consejos sabios y necios. Todo intento de captar desde fuera lo que tiene de concreto la decisión moral de un hombre será, por fuerza, vano. Hay, sin embargo, una posibilidad, la única, de que no suceda así: el caso del amor de amistad. Sólo el amigo, si es prudente, puede co-assumir la decisión del amigo desde el mismo yo de éste, al que el afecto viene a hacer como propio. Mereced a la acción unificadora del amor, está facultado para contemplar la situación concreta de la decisión y, por tanto, ayudar al amigo. De aquí que el consejo del amigo verdadero y prudente puede indicar el camino recto para realizar la buena acción. Este amor de amistad, auténtico y prudente, es el supuesto necesario de toda auténtica dirección espiritual, porque puede conocer, desde bien cerca, la situación concreta de la decisión.

Además, como el individuo no es buen consejero de sí mismo, puesto que el propio interés puede oscurecer la luz del Espíritu Santo, no pocas veces es preciso dejarse aconsejar por un criterio ajeno al propio. “En lo que atañe a la prudencia, nadie hay que se baste a sí mismo”, decía Santo Tomás. De este modo, si se quiere discernir signos a veces contrapuestos, para actuar prudentemente, se requiere la oración al Espíritu, el consejo de un prudente amigo, un juicio recto y una voluntad decidida de ejecutarlo. Sólo así el hombre encontrará la felicidad que desea porque, como concluye Santo Tomás: “la felicidad de la vida activa es el acto de la prudencia por el que el hombre se gobierna a sí mismo”.

TEMA 5 / SESIÓN SEGUNDA / TRABAJO POR GRUPOS

TEXTOS PARA LEER

Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por eso, sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. (...) Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué debéis decir; porque en aquel momento se os comunicará lo que vais a decir. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino que será el Espíritu de vuestro Padre quien hable en vosotros.

Evangelio según san Mateo 10,16-20

Entonces se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuizas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábrenos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Evangelio según san Mateo 25,1-13

Veamos cuál es la prudencia que exige el Señor. *Como serpientes* –dice-. Así como a la serpiente no le importa perderlo todo, aunque sea seccionando su cuerpo, con tal de conservar la cabeza, así también tú –dice- debes estar dispuesto a perderlo todo, tu dinero, tu cuerpo y aun la misma vida, con tal que conserves la fe. La fe es la cabeza y la raíz; si la conservas, aunque pierdas todo lo demás, lo recuperarás luego con creces.

SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía sobre San Mateo*, 33

La prudencia esté en guardia y en vigilancia diligente, no sea que, insinuándose poco a poco una mala inclinación, nos engañemos y caigamos.

SAN AGUSTÍN, *Sobre el sermón de la montaña*, 24

¿Cómo vive, pues, el hombre en quien domina la actitud de intención? En el trato, no se dirige a las demás personas con sencilla disponibilidad, sino que siempre quiere algo: hacer impresión, ser envidiado, obtener ventajas, salir adelante. Alaba para ser alabado. (...) Dondequiera que se hayan de realizar las relaciones esenciales del yo y el tú deben echarse atrás las intenciones. El uno debe ver al otro, estar sencillamente con él y vivir con él. Debe

entrar en la situación tal como lo requiere su sentido: en una conversación, una diversión, en afrontar un destino, un peligro, una tristeza... Sólo a partir de eso se hace posible lo grandioso humano: la auténtica amistad, el auténtico amor, la clara camaradería en el trabajo, la limpia ayuda en la necesidad. Pero cuando las intenciones adquieren el predominio, todo se echa a perder.

R. GUARDINI, *Una ética para nuestro tiempo*, 80

Quien no sabe callar, hace con su vida lo mismo que quien sólo quisiera respirar para fuera y no para dentro. No tenemos más que imaginarlo y ya nos da angustia. Quien nunca calla echa a perder su humanidad. Sólo puede hablar con pleno sentido quien también puede callar.

R. GUARDINI, *Una ética para nuestro tiempo*, 168

El Cardenal Merry del Val contaba de San Pío X: En las cosas importantes miraba siempre al Crucifijo como inspirándose en Él, y en las cosas dudosas, aplazando la decisión, solía decir, señalando al Crucifijo: Luego nos lo dirá Él. Para deliberar se precisa cierta reflexión y hacer las consultas oportunas. La Biblia aconseja: *Hijo, no hagas nada sin aconsejarte. Y no faltan proverbios populares en este mismo sentido: Cuatro ojos ven más que dos; quien pronto se determina, pronto se arrepiente; rápido y bueno, raras veces.*

A. LUCIANI, *Ilustrísimos señores*

PREGUNTAS PARA LLEVAR A LA VIDA

- ¿Qué luces para tu vida has encontrado en los textos que has leído?
¿Qué te han sugerido o que te ha llamado la atención en ellos?

Pueden ayudarte también estas otras preguntas:

- Cristo es modelo de hombre prudente y como cristianos estamos llamados a aprender de Él. Y él mismo nos invita a ser prudentes, especialmente en la dificultad. El Espíritu nos da la prudencia, que se compatibiliza con la sencillez. ¿Pedimos esta divina prudencia? ¿Somos sencillos y prudentes, especialmente en la dificultad?
- La prudencia nos ayuda a orientar todo hacia el fin último del hombre.
¿Supeditas tus decisiones a tu bien verdadero y eterno?
- El prudente no está tenso, pero sí vigilante para actuar siempre con rectitud.
¿Por qué inclinación te dejas llevar en tus decisiones?
- La falta de intención es importante para tomar la decisión con objetividad.
¿Tus intenciones determinan tu decisión? O, por el contrario, ¿tus intenciones se supeditan a la verdad de cada situación?
- ¿Eres precipitado en la toma de decisión? ¿O tienes calma cuando la situación lo requiere?
- La prudencia aplica lo general a lo particular de cada situación concreta. Esto, a veces, es difícil, por lo que requiere la petición de consejo. ¿A quién pides consejo? O, por el contrario, ¿piensas que eres autosuficiente?